CAPITULO XII

LA BUENA SOCIEDAD

En los Italianos, martes y sábados, todas las semanas desde hace dos meses; de allí vengo esta noche; eso vale por todos los salones, más famosos y escogidos.

T

El esplendor es magnífico. La orquesta, la cuádruple guirnalda de palcos iluminados y de mujeres ricamente prendidas, colocadas bajo las radiaciones de una araña de quinientas luces. Un ambiente muy templado, cargado de perfumes, por el que cruzan exhalaciones humanas, oscila y hace ondular las luces vacilantes. El suelo negro y movedizo de la orquesta se agita en los entreactos con un extraño hormigueo. Los rostros ajados ó activos se arrugan por la acción de los reflejos que se cruzan y los rayos luminosos de la claridad resplandeciente. El murmullo seco de las conversaciones crece y se eleva. Al verlos volverse así, saludar, torcer sus cuerpos aprisionados en el angosto asiento, se piensa en la agrupación de un pueblo de insectos, comprimido en un embudo.

Esto revela el placer que se viene á buscar aquí, en Paris la necesidad de excitación; esta palabra acude siempre á los labios; Balzac dijo que se moria de cincuenta mil tazas de café. Debió afiadir que había vivido de esas cincuenta mil tazas. La sociedad parisiense hace lo que él; por eso la pintó con tanta perfección.

¡Cuántas veces desde la galería he estado contemplando las cabezas! Quedamos allí un cuarto de hora inmóviles, absortos, delante de una fisonomía fina, ardiente, que se destaca sola, como un cuadro, en el círculo de los gemelos. Insensiblemente nos hallamos fuera de nuestro asiento, atraídos; nos aproximamos, para mirar más de cerca, para adivinar el alma extraña que arde y brilla bajo aquella envoltura de seda, de raso y de gasa.

Cleopatras; la podredumbre y el cultivo egipcios hacían brotar, hace diez y ocho siglos, flores tan embriagadoras y tan peligrosas como este mantillo parisiense, del que tomamos nuestra savia y nuestros males. A primera vista, son esfinges. Se las mira de frente; á dos pasos, no pestañean. Aun la más joven permanece impasible ante tres lentes fijos en ella. No quiere darse cuenta de que estáis alli, ningun rubor sube á su frente, ni una arruga se ve en sus labios: continúa hablando y mirando, os trata como á un palo del que han colgado tres pedazos de paño negro: está como un soldado de uniforme bajo el fuego enemigo, los nervios tirantes, y, sin embargo, la frente serena, y la cabeza alta. Pero el peinado, el vestido, la punta de una cinta, un bucle ladeado, el más indiferente y el más ligero movimiento del abanico, todo habla en ella y todo grita: «Yo quiero, tendré más: quiero y tendre sin limites y siempre.»

Una de ellas, en frente de mí, con la nariz dilatada, los labios en movimiento, parece una lámpara de porcelana iluminada por una llama interior; sus mejillas

II

¿Queréis pruebas? Oid la historia de una toilette: M. S..., que se halla á tres pasos de mí, lleva un vestido de seiscientos francos. El marido, un novelista, gana precisamente seiscientos francos por edición en cada obra. Tiene hoy cincuenta mil francos de capital, hace seis años tenía cien mil; cada año lo merma. Pero el vestido es de un delicioso color de rosa, con volantes estrechos, picados, y el hombro soberbio ostenta su redondez satinada por encima de un lacito, que deja ver en toda su amplitud el hermoso brazo blanco y torneado sobre el terciopelo del palco.

¿Qué no harán ellas por un traje? Vive en Paris un antiguo fotógrafo, muy en boga hace cinco años. Este hombre entendia el reclamo y la manera de instalarse, y dispuso un taller à la moda con vasos de Sèvres, libros raros; tenía coches, concurría al Bosque, iba con ese tren á su taller, tiraba el dinero como un rey. Protestos, quiebra, ruina: el siete por ciento à los acreedores. Su mujer, modista en otro tiempo. abrió una tienda pequeña de modas, él la ayudaba con sus consejos, aumentó la fama y alquilaron un piso primero en la mejor calle. Hoy, tiene coche otra vez, y las mujeres hacen bajezas por que él las vista. Ese hombrecillo seco, moreno, nervioso, ridículo, las recibe con bata de terciopelo, recostado en un diván riquísimo, con el cigarro en la boca. Les dice: «A ver, ande usted muy derecha, ahora vuélvase usted; bien, venga usted dentro de ocho días, yo le haré el traje que mejor le sienta. Ellas no eligen, sino él; y esto las hace felices. - Además, es preciso una recomenda-

enflaquecen; sus pupilas, avivadas por el blanco intenso: sus ojos imperceptiblemente hundidos, destilan el deseo v la voluntad. Está pálida v sus ojos también. Sus admirables cabellos negros rizados, forman la más orgullosa v audaz diadema, v algunos lazos blancos colocados en un lado, sólo arrojan, por encima de aquella magnificencia, el brillo y el atractivo de la inventiva caprichosa. Si habla ó escucha es por cortesía; su mano retuerce negligentemente una punta de su pafluelo de encaje: está tranquila, por lo menos lo aparenta. Pero cuán alarmante es su reposo. La pantera joven más delicada y hermosa, no es tan coqueta ni tan nerviosa. Sobre todo, su sonrisa es sospechosa. Ella lo ha probado todo, ha libado todas las picantes delicias de nuestra fuerte literatura moderna: ha recorrido à Balzac, Jorge Sand y Flaubert, no como nosotros, de paso ó con prejuicios de observador. Ella ha vivido con la imaginación la vida de sus heroínas, Mme. Bovary, Juliana, Mme. Graslin, Mme. Marneffe; las ha seguido con la vista interior, como émula, con toda la fuerza de la curiosidad ociosa, en un sofá, en las largas tardes dei campo; ha multiplicado é irritado sus sensaciones con el espectáculo de la sociedad, con la costumbre del teatro, con la rivalidades de la toilette; se ha alimentado de imaginaciones y de apetitos. La ironfa parisiense lo ha pasado todo por alambique. El tacto se ha afinado con cada objeto y cada placer; el gusto exigente, el espíritu incisivo, siempre ágil y pronto, han alejado todo goce común, todo razonamiento tardo: «Yo me burlo de vosotros y de todo; quiero divertirme, no vulgarmente, sino con esplendor y persiguiendo nuevos placeres finos y duraderos. Proporcionádmelos; los necesito, me los debéis, tengo derecho à poseerlos, como el ave à volar y el caballo à correr.

ción para que él las sirva por sí mismo. Mme. Francisca B..., una señora de la clase más distinguida, elegante, fué el mes último á encargar un vestido. «Señora, ¿quien recomienda á usted?—¿Qué quiere usted decir?- No puedo vestir á usted si no me es presentada antes.» Ella se marchó corrida. Otras se quedan diciendo: «Que me reciba mal, pero que me vista. Después de todo, aquí vienen las más encopetadas.» Algunas de ellas, las favoritas, vienen á que las examine antes de ir al baile: él da tes de confianza á las diez. A los que se admiran de esto, les contesta: Yo soy un gran artista, tengo el color de Delacroix, y compongo. Una toilette vale por un cuadro.» Si hay quien se enfada por sus exigencias: «Caballero, contesta, en todo artista hay algo de Napoleón. Cuando M. Ingres retrataba à la duquesa de A..., le escribía por la mañana: «Señora, necesito ver á usted esta noche »en el teatro, con traje blanco, y una rosa en los cabe-»llos.» La duquesa suspendia sus invitaciones, se ponía el vestido, enviaba á buscar la rosa, é iba al teatro. El arte es Dios, las medianías han sido creadas para recibir nuestras órdenes.

III

Los jovencitos dejan sus asientos, pasean por los pasillos, se levantan sobre las puntas de los pies, alargan el cuello para echar una mirada á través del cristal redondo en el interior de los palcos. Es la mirada de los pobres diablos que ante el escaparate de Chevet contemplan ansiosamente un cesto de melocotones, una suculenta terrina abierta.

Conversación en los palcos. Se pasa revista á las

mujeres de calidad y á las del demi-monde que hay en la sala. Los hombres dicen buenas palabras y dirigen los gemelos á todas partes. En resumen: la música los aburre; han ido allí por acompañar á sus mujeres. Yo sé de alguno que lee en el palco su periódico de economía política. La mayoría prefieren la Opera; no hallan bueno más que las bailarinas; el baile los desvela. Las mujeres tienen allí un aspecto marcado de disgusto; su mirada parece decir:—Groseros; sensuales; eso son los hombres.

El tono corriente es la burla positivista. Tratan á los actores como á maniquies pagados. ¡Qué oficio el de actor! ¡Qué miradas indiferentes, enojosas, burlonas en los palcos! En plena representación las gentes hablan, miran, en tanto que la tiple se desgañita y se mueve.

Se la palpa; se la pesa; se hacen cálculos sobre su toilette y su voz; muy alto en los palcos semi-honrados; muy bajo en los honrados. El sueño ideal no aparece ni un minuto. «Lo ha gritado muy bien»; es el compendio de sus elogios. Algunos pedantes aprecian el mérito en términos técnicos. Se representaba Otelo y había una debutante; en el momento trágico, uno, desde el fondo de un palco, dice: —Tiene brío; ¿cuánto gana?—Nada; se exhibe; ella es la que paga con su dinero ó con su persona; está bastante gruesa para eso.

En la galería, en el sitio más iluminado, hay tres ó cuatro palcos de muchachas alegres. Extienden las faldas hasta el reborde del palco; sus cabellos rizados, fofos, elevados, atraen la mirada como la lana de un animal exótico. Sus pendientes, á la romana, suenan encima de los hombros, demasiado blancos. Se inclinan expresamente; quieren ser juguetonas ó majes-

tuosas; hacen muecas; sonrien con exceso. Tales como las veis, con sus guantes de siete francos, su carruaje nuevo, sus dos lacayos, su palco de cien francos, su tono de muchachas, se creen señoras; y en los ratos de misantropia nos preguntamos si no tienen razón.

Se oye lejano sonido de timbres. Empieza el cuarto acto, y la ola de fracs negros anega de repente los pasillos.

IV

No sé por qué, mas cuando los veo pasar, acude siempre à mi espíritu la idea de Roma antigua y de la antigua Alejandría. Cuando cierro los ojos, esas cabezas modernas se me aparecen una à una como bustos, y me figuro que vuelvo à ver vivos los del siglo IV en el Museo Campana.

En aquel tiempo, como hoy, el hombre había sido refinado y comprimido por el cultivo, por la ostentación de los goces y por la concentración del esfuerzo; los grandes capitales habían irritado los deseos; el alma, infinamente complicada, había dejado de sentir lo verdaderamente bello, que es sencillo; y el arte realista, semejante al de Enrique Monnier, de Champfleury, de Daumier, de Biard, copiaba las deformaciociones y las bajezas, de que también nosotros estamos repletos.

He tomado nota delante de algunos de esos bustos; id á verlos y decidme si no están allí las cabezas y los cuerpos que hoy hallamos debajo de sombreros negros.

«Diocleciano, un gran tacaño azorado que refunfufia entre sus mandibulas desiertas.

Cómmodo, joven paliducho, enfermizo y extraño, con los ojos saltones; una especie de bastardo, fruto de algún cruzamiento monstruoso, alarmante y sucio.

Todo el fondo de la galería, emperadores, emperatrices, cónsules, grandes personajes.—El empleado entontecido, encogido, con mil doscientos francos.—El caballero delicado que ha padecido mucho tiempo de cólico.—La vieja agria, enflaquecida por los dolores de estómago.—La nodriza abotagada, de mejillas salientes.—La cabeza de chorlito aturdida.—En resumen: los resabios del individuo, las penalidades del oficio, las pequeñeces de la naturaleza humana, todo lo que nos aproxima al enfermo, á la medianía, al idiota, al cadáver, todo lo que muestra al hombre en la mesa, en traje de casa, en el guardarropa, reprendiendo á su criada ó ganando dos sueldos.»

¡Qué diferencia si miramos los vaciados griegos, las estatuas heroicas que están al lado! ¡La vida corporal al aire libre, sana, atrevida y arrogante, la juventud duradera, la fuerza, la serenidad, la alegria franca y sencilla de un alma virgen aún, la nobleza innata, la aptitud para comprenderlo todo! ¡Cuán lejos nos hallamos de ésto! Casi tanto como estos tristes romanos de la decadencia. Mirad un juez amarillento por el aire malsano, devorado por la impaciencia, engreido por el decoro; un abogado con su cabeza de garduña despavilada y sus anteojos que brillan; un empleado consumido en su oficina, demasiado caliente, el cuerpo medio ankiloro, la tez sucia como el agua de un río enturbiado. Una especie de espina interior se ha ido clavando en ellos año por año, descomponiendo sus facciones, torciendo su aire. Sin em132

bargo viven, y todo eso reunido forma una civilización brillante. Nosotros nos parecemos á esos figurantes, á esas actrices, á esas obreras; esto despide olor á gas, se ilumina con la lucerna, hace de la noche el día, y el conjunto es el más hermoso de nuestros veinte teatros.

Pero no del todo. Esas gentes del siglo IV estaban gastadas; nosotros, aunque consumidos, vivimos aún, y hasta vivimos demasiado. Nuestro París nos quema, nos enardece; algunos sobreviven y esos son los más hermosos. Me han enseñado un palco de hombres de moda, eruditos, viajeros ó vividores. Tres de ellos tenían una tez mate, constante, que no pueden alterar el sol, ni las cenas, ni el trabajo, y las cabezas como las de Vespasiano y de Tiberio. Muchos han quedado en el camino, pero los que subsisten han recibido doble temple y viven en la llama como en su elemento.

Hasta los menores, la gente de oficio ordinario, con sus caras descoloridas ó borrosas, tienen voluntad, arrojo ó por lo menos terquedad y energía. Corren bajo el látigo de la concurrencia y corren hasta su último aliento. Ganarán dinero, subirán más grados, disputarán con su mujer, tendrán amantes, rechazarán á sus hijos, hallarán aún alegría y verbosidad en una cena. En vano nuestra lámpara, con sus llamas concentradas, despide ruidosa y suciamente sus chispas corrosivas; por mal que huela, alumbra; y tiene á cada instante renovaciones y esplendores que no podrá igualar nunca la máquina mejor ideada y dirigida.

Vosotros habéis visto este rasgo súbito y soberbio en Junio de 1848, en aquellos pilluelos de la calle convertidos en soldados. V

Fraschini grita demasiado; como Tamberlick, sostiene y prolonga la nota con un exceso que le gastará; Verdi hace lo mismo: vulgar, poderoso, vivo, violento, con los nervios y los músculos en tensión, como hombre que no economiza nada de sí mismo ni de los demás, quiere apresurar y absorber de un golpe toda la substancia de la pasión y del placer, sin perjuicio de caer un momento después en el suelo. Se asemeja á su público; por eso éste le comprende.

CAPÍTULO XIII

EN LOS ITALIANOS

Creo que estuve injusto la última vez con el público de los Italianos. Hacia un calor excesivo, yo estaria nervioso probablemente, cuando, al regresar, apunté mis notas.

Encantadora joven de diez y seis años la del tercer palco de enfrente. El palco está abonado por toda la temporada. La acompañan sus padres; también algunas veces el hermano, un elegante, un miembro del Jockey-Club, de corbatas irreprochables, la cabeza pequeña y resuelta, aire seco, altanero y provocativo, con la mirada dura de un hombre acostumbrado á manejar y gobernar los caballos y las cortesanas, á éstas con más dureza que á los caballos. También con alguna regularidad, un mozo robusto, alto, un caballero campesino, barbudo y velloso, con la fisonomia de un orangután distinguido; probablemente un futuro en expectativa. Familia digna, de brillante posición. La madre conserva restos no despreciables. Caballos magnificos, y lacayos lujosamente equipados en el peristilo.

Se llama Margarita, es risueña; pero sin exceso; ni locuela ni precoz; es la niña feliz, rica, nacida en el lujo, para quien los trajes costosos, los bailes, un castillo son cosas tan naturales como el aire; que diría inocentemente de los que no tienen pan: «Pues bien, entonces que compren bollitos». Una persona así es una criatura rara en esta sociedad de plebeyos enriquecidos, trabajadores ambiciosos, constantemente aguijoneados por las inquietudes y corroídos por la codicia. Hace cinco ó seis días que vengo mirándola; ella me calma y me alivia. Esto es un contraste. Cuando observo á los parisienses en el bulevar, en la Bolsa, en el café, en el teatro, siempre me parece ver un tropel confuso de hormigas atareadas y rabiosas, sobre las que han derramado pimienta.

Su traje era precioso anteanoche; un cuerpo de seda azul que encierra y marca el talle y sube un poco entre ambos senos; encima suavisimo nido de encajes. Muy casta y muy joven aún; está poco escotada, y sólo lleva una rosa en sus cabellos. Pero aquel fino talle tan visiblemente oprimido, aquella dulce blancura virginal, para ocultar é indicar el pecho, son de una inventiva ingeniosa; no es suya la invención, ella sigue la moda, la viste su madre; ella es muy jovencilla para sospechar el efecto exacto de su toilette; sus pensamientos son demasiado vagos y nuevos; soy yo, en este momento, quien explica ese efecto, á lo escultor, como hombre de mundo, ella se ruborizaria si oyera mi explicación. Y sin embargo, en el crepúsculo de sus pensamientos, sospecha algo; sabe que eso le sienta bien, que con otro cuerpo estaría menos bien, que gusta, que se fijan las miradas en su talle. No va más lejos, ella entrevé, en una bruma diáfana y dorada, como un alba de cosas. Una verdadera rosa dormida: en tanto que se desvanecen los vapores matutinos, y van extendiéndose luminosas blancuras por el cielo nacarado, ella oye, inmóvil y como en sueños, el lejano batír de alas, el zumbido casi imperceptible del pueblo de insectos que vendrán pronto á susurrar en torno de su corazón.

(Vayan al diablo las metáforas; no dicen nada preciso, y cuando vuelva á leer estas notas, no veré ya su semblante ni su gentileza.)

Su tez, perfectamente pura; su boca diminuta sonrie, medio entreabierta; una sonrisa dulce, graciosa, tranquila; su voz timbrada, melodiosa, sin precipitación ni azoramiento, dice cosas ordinarias sin esforzarse, sin querer decirlas de otro modo; no piensa en tener talento, ella se deja vivir. La vida parisiense no la ha arrastrado en su corriente; nada en ella como un cisne en hermoso lago.

(Está visto, hoy no saldré de las metáforas. En realidad, puesto que vienen, preciso será creer que son el mejor medio de decir lo que he sentido.)

Se comprende que se halla á su gusto, que no se ocupa en rivalidades, en intrigas, en coquetería; que nunca ha pensado en el dinero; que nuestros afanes no la han rozado siquiera; que jamás le faltaron hermosura, adornos, respeto y admiración. No se imagina que puedan faltarle nunca; ¿creéis vosotros que un día llegue á faltaros la luz y el agua? Ella, por la mafiana, extiende la mano junto á su lecho y encuentra un traje nuevo; ¿acaso, al descorrer las cortinas, puede dar la luz en algo más que en un traje nuevo? Tiene á su alcance una campanilla; ¿no acaba siempre una campanilla en una doncella? El extenso patio se extiende ante su vista; ¿puede haber un patio sin un hermoso carruaje? En este carruaje surgen un cochero

y lacayos, como las cerezas en un cerezo. En cuanto al grave portero, que abre respetuosamente la puerta de par en par, es un producto natural de la puerta, de la cual sale con su librea nueva y su faz encarnada. Es como la definición parisiense de las aceitunas: ciertas bolitas verdes que se encuentran ordinariamente en derredor de los patos.

No oye la Cenerentola; sigue hablando en sus más bellos pasajes, en el sexteto. Tampoco prestaba más atención dos días antes al Trovatore. De vez en cuando alarga su cuello blanco, con movimientos de pájaro, sonrie un poco y atiende un minuto. Es princesa por sus costumbres; los músicos son para ella, como en otro tiempo en la corte, obreros pagados, á quienes se ove ó no se oye, y á quienes se despide con un gesto; únicamente en nuestro siglo se ha tratado á los artistas como á iguales. Antiguamente, un pintor era un maestro tapicero, empresario de decoraciones; un poeta, un músico, servían para las fiestas de la corte; se les protegia, se les daba de comer en la cocina; si se les admitía á su mesa, era para burlarse de ellos. Santenit murió porque el príncipe de Condé vació una tabaquera en su vaso. Mozart recibió algunos puntapiés del príncipe-obispo de Salzburgo.

Ella está aquí porque es un lugar adonde se viene, porque está ociosa, porque desde el palco se puede pasar revista á la sociedad elegante, porque su carruaje, su familia, su doncella están allí para servirla, llevarla y volverla á su casa, sin que ella piense en ello. No se ha cuidado ni un minuto de los ciento veinte francos del palco. Si algún día, por casualidad, piensa en eso, veréis redondeles pequeños y amarillos que pasan de una mano á su bolsillo; quedaría muy sorprendida si la dijesen que es el alquiler de un palco. En cuanto á

las pasiones expresadas, á las tristezas, á las grandezas de la música, á todo lo que sentimos en una ópera, nosotros que hemos probado y sentido la vida, ella nada sospecha; todo eso está lejos de su edad y de su experiencia.

Para ella no hay alli mas que histriones bastante mal vestidos; el manto con flores de lis de Don Magnífico está raído; las atrices le parecen mal arregladas; á sus ojos son seres de otra especie, criadas que quieren imitar à las verdaderas señoras. Cuando el Trovador cantaba, ella notaba su barba, demasiado ancha, y su boca demasiado abierta, apuesto á que sentirla lo mismo ante un titiritero que sostuviera un gran peso: «Pobre hombre, diria; va á hacerse daño.» Las escenas de pasión le parecen grotescas. No comprende cómo pueden revolverse de aquella manera. La gran lamentación de la orquesta, los largos sollozos de dolor, los sonidos llenos que suben como una aclamación furiosa de voces estridentes, la hacen el mismo efecto que la fea muchedumbre que se amontona y se oprime en los bulevares un día de lluvia. Dirige una mirada á los mástiles de los violines en los que los arcos rechinan y los dedos se enredan; entonces piensa en aquellos ratoncillos vivarachos que hace girar incansablemente una jaula. El año pasado, cuando el Infierno de Doré estaba en moda, ví, en un salón, algunas jóvenes, parecidas á esta, hojear, con exclamaciones de regocijo, las hermosas páginas satinadas: «Oh ¡qué lindo! ¡Ah qué extrañas cabezas! Oh ¡serpientes! Dios mio, hay una horquilla!» Este año, se representaba en la Opera Alceste, y las jóvenes, durante la música terrible del sacrificio, cuchicheaban con risas ahogadas: Ponen carne en el altar; tomad pronto los gemelos. ¡Ah Señor, chuletas de verdad!» Pondría la mano en el fuego, à que, para ellas, la música más grata es la de Rendez-vous, bourgeois.

(Soy yo el burgués, el imbécil. Qué necia costumbre la de dejar que los ojos, como yo hago, se dirijan hacia el lado mezquino de las cosas! Yo era mucho más feliz ahora poco, al pensar en el vestido azul, y cuando me imaginaba el gracioso hoyuelo que se forma en la nuca debajo de los cabellos de oro. Pues bien, sea; no hay criatura perfecta. Bonito descubrimiento, ¿cuánto he adelantado con romperme la nariz contra una verdad sólida? No hay nada verdad sino la forma y el desvario que nos inspira; hay que comentarla con la música, no con el raciocinio.)

A media noche, al volver à mi casa, al lado de un fuego vivo, en una habitación templada, cuando todos los criados se retiran, y se restablece el silencio, cuando ya sólo se oye á lo lejos el ruido apenas perceptible de un coche retrasado, ¡qué bien se está en una butaca! El teatro y toda representación son cosas groseras; aun todas las cosas reales son groseras. No hay perfectamente bello y dulce más que la somnolencia. Todo se olvida miramos maquinalmente las agujas lentas del reloj; dejamos que las imágenes interiores vengan, se coloquen y se vayan. Oimos fragmentos de melodía; los comprendemos también, nos encontramos tan pronto frente á frente con el alma encantadora y apasionada del maestro, somos tan felices al vernos libres de los actores del escenario, de la guardarropia teatral, de todos los velos que se ponian entre nuestro sentimiento y el suyo! No es Verdi quien canta dentro de mi à estas horas, ni Rossini, ni ningun italiano; es Mozart. Yo he ido diez veces à oir *Così fan tutte*, el año pasado, y aquella música es la que evoca mi memoria al pensar en el fresco y gracioso semblante que he contemplado esta noche.

Vuelvo à ver la escena y el templado paisaje luminoso. La azotea se alza á orillas del mar, entre los bosquecillos de coacto, una cuna adornada con flores, junto á ella una higuera extiende sus toscas hojas dentadas. La felicidad, la ternura, el amor satisfecho, tierno, tranquilo, tienen allí su patria. El aire es tan suave, que basta aspirarlo para estar contento. La campiña lejana es tan alegre, que los ojos no se cansan nunca de contemplarla. Enfrente se extiende el ancho mar, resplandeciente y tranquilo, y su color brillante tiene la delicadeza de una doncella abierta. Una montaña, á lo lejos, eleva su cima azul y dorada hasta el cielo; la luz habita en sus concavidades; allí duerme, aprisionada por el aire y la distancia, le forma como una vestidura, y más lejos aún, las últimas estribaciones, envueltas en un velo de color de violeta, nadan y van á desvanecerse en el éter. Las galas más ricas de una flor de estufa, las venas nacaradas de una orquidea, el terciopelo delicado que orla las alas de una mariposa, no son más suaves ni más espléndidos á la vez. Se piensa involuntariamente en los más bellos objetos del lujo y de la Naturaleza, en las faldas de seda radiantes de luz, en los bordados que hermosean un moiré, en la carne sonrosada, viva que titila debajo de un velo. ¿Acaso puede pensarse aquí en otra cosa que en ser feliz y enamorado?

Mozart soñó únicamente en eso. La pieza carece de sentido común, tanto mejor. Por ventura, ¿los sueños han de ser verosimiles? ¿Acaso la verdadera fantasia, el sentimiento puro y completo no flotan por encima de las leyes de la vida? En el país ideal, como la selva de As yon like it, ano están los amantes libres de las necesidades que nos oprimen, de las cadenas bajo las cuales nos arrastramos? Éstos se disfrazan de turcos; para probar á sus amantes, fingen envenenarse; la criada se disfraza alternativamente de médico y de notario, y sus amas creen todo eso. Yo también quiero creer esas locuras, un momento, los instantes más breves que queráis, por eso precisamente es mi ilusión deliciosa. Haré como el músico, olvidaré la intriga, la pieza es satírica y chocarrera; yo quiero, como él, verla sentimental y tierna; en la escena hay dos coquetas italianas que rien y mienten; pero en la música, nadie miente, nadie ríe, todo lo más se sonríe; hasta las lágrimas son vecinas de la sonrisa. Cuando Mozart está alegre, no deja nunca de ser noble; no es un buen sujeto un simple epicúreo brillante como Rossini; no se burla de sus sentimientos, no se contenta con la alegría vulgar, en su regocijo hay una elegancia suprema; si llega á él es por intervalos, porque su alma es flexible, y porque en un gran artista, como en un instrumento completo, no falta ninguna cuerda. Pero su fondo es el amor absoluto á la belleza acabada y dichosa; no se divertirá con su querida, la adorará, permanecerá mucho tiempo con la mirada fija en sus ojos, como en los de una criatura divina; sentirá fundirse su corazón delante de ella, y la sonrisa que venga á entreabrir sus labios, será un suspiro de felicidad.

Mucho mejor aún, él ha puesto la bondad en el amor. No sueña, como Rossini, en divertirse; no se ve transportado, como Beethoven, por un sentimiento sublime, por el violento contraste del cielo abierto de repente en medio de una desesperación continua. Sueña en hacer feliz à la persona amada. ¡Qué música tan divina la de la cavatina del segundo acto! ¡Cuán dulcemente melancólica y tierna! ¡De qué manera el acompañamiento, tan dulce, se une á la melodía! ¡Y cómo un momento antes, los acentos tristes de las despedidas se elevaban ó se debilitaban en modulaciones afectuosas y acariciadoras! Mozart es tan bueno como noble, y me parece que, si yo fuera mujer, me sería imposible no amarle.

Las flautas y las voces se ajustan entre las finas notas de los violines, que, caprichosamente, mezclan con ellas sus filigranas. La voluptuosa armonía llega como una nube de perfumes, que una brisa perezosa acaba de recoger, de paso, en un jardín florido. Mejillas frescas, ojos risueños aparecen como relámpagos, y el cuerpo azul, el talle inclinado, el hombro torneado y blanco, se destacan distintamente en el extremo de la azotea. Más allá el cielo abierto, el mar azulado, brillan siempre, con la serenidad de su alegría y de su juventud eternas.

Una, dos, las tres de la mañana. Se me ha apagado el fuego, siento mucho frio y mañana tendré la grippe. Mas he sacado de mi joven todo cuanto valía.

CAPITULO XIV

PROPOSICIÓN NUEVA Y CONFORME Á LAS TENDENCIAS

DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA, QUE TIENE POR OBJETO ASEGURAR LA DICHA EN LOS MATRIMONIOS Y
REGULARIZAR UNA INSTITUCIÓN DE PRIMER ORDEN,
ABANDONADA HASTA AHORA Á LO ARBITRARIO Y Á
LA CASUALIDAD.

Utile dulci.

Al señor director de la Vie Parisienne.

Caballero:

Un observador imparcial contempla hoy, con un sentimiento profundo de conmiseración y de disgusto, los cuidados crecientes de las familias francesas, á propósito del asunto más grande de la vida, ó sea del matrimonio. En otros países, en Alemania, en América, los jóvenes eligen por sí mismos; se les deja que paseen juntos y se conozcan; cada cual es el árbitro y el obrero de su propia vida; aquí los padres llevan toda la carga. A los cincuenta y cinco años, muchas personas tranquilas, que hasta entonces empleaban la noche en tomar te ò en jugar al whist, sienten de súbito la necesidad de dar bailes; consiste en que hay en la casa una joven casadera. Es triste ver à la madre, que ha engruesado, trabajar por rehacer su talle, y después de un largo eclipse, mostrar, à la luz de las arañas, hombros quincuagenarios, que harian mejor